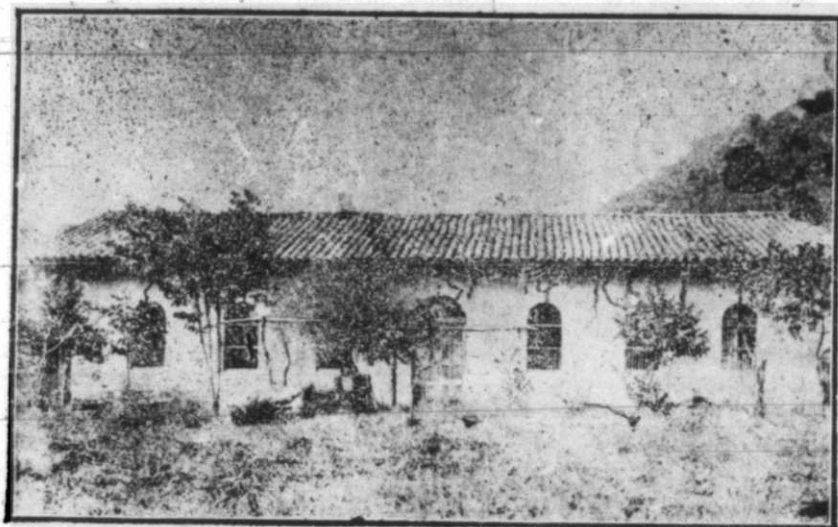




Este modesto establecimiento ha sido el teatro de los beneficios que narra el informe que reproducimos

estado civil y sanitario, etc., se hospitalizaron, en el año próximo pasado a 120 personas, quedando 13 en él al principiar el presente.

Sin mayor esfuerzo, se deduce que el promedio mensual de los enfermos asistidos ha sido de 12. (1) Por lo tanto, con el personal obligado del establecimiento, se han mantenido con \$ 20 oro mensuales, 15 personas por lo menos. Esto nos da un promedio ridículo si no fuera mas bien milagroso de 5 centavos por día y por persona. ¿Dónde encontrar un Hospital en el cual sea más patente la mano pródiga de Dios?

Dicho sea de paso, de los 120 hospitalizados, sólo 15 han muerto, es decir que se ha salvado la vida a 115 Colombianos con tan exigua erogación del erario. Me equivoco, porque el Hospital no circunscribe su acción benéfica a sus moradores sino que la extiende a todos los pobres de solemnidad

(1) Ya que no todos los que entran, salen en el mismo mes.

de la población. En efecto, por falta de locales apropiados por una parte y de recursos competentes por otra, no se puede admitir a más menesterosos ni a todos sexos ni edades. Estas deficiencias se subsanan suministrando remedios. Así es como en el año han sido asistidos en sus propias casas y gratis 334 enfermos.

En resumen, 454 pobres han sido socorridos y la gran mayoría de ellos salvado con los \$ 149,65 que se gastaron en remedios

EL PORVENIR

Estos datos hablan por sí y tan claro que nos parece excusado cualquier comentario. Sin embargo, haremos notar respetuosamente que de no aumentar siquiera en \$ 200 oro el auxilio, pronto nos veremos en la obligación de cerrar el HOSPITAL MONTFORT DE VILLAVICENCIO, uno de los más necesarios de la República.

El Síndico,

Ls. M. Mauricio Diéres Monplaisir s. m. m.

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

EL MORO

Por José Manuel Marroquín
Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO XVI

Un amigo de la infancia

La Conversación sobre las carreras y sobre las malas artes con que a veces las convierten en ilícita granjería, ocupó parte de la noche. A los primeros albos, vi a Orión, cuya estampa y cuyo color no había distinguido en la obscuridad, y me pareció que no me era desconocido. Me fijé en él con curiosa atención y vine a caer en que no era otro que el cervuno, amigo de mi infancia, y, puedo decir que condiscípulo mío a quien el lector vio montado por Damián el mismo día en que a mí me montó

Gerancio por primera vez. Acerquémele y le pregunté si no me conocía: él me miró detenidamente y, con empacho, me confesó que no se acordaba de haberme visto. Cuando le hube declarado quién era yo, ¡Hombre! (1) exclamó, ¡quién diablo te había de conocer si tú eras negro ó poco menos, y ahora estás rucio! ¡Cuánto cerebro volver á verte!

También tiene su defecto

—¿Cómo te fué con tu amansador?, le dije.

—Muy bien: el amo le iba a la mano á Damián para que no me maltratara.

Y después de Damián, ¿quién siguió montándote para doctrinarte?

—Un picador bastante malo que me dejó con un defecto muy grave que...

—¿Como? ¿te hizo coleador?

(1) Es claro que Orión en este pasaje usa la palabra hombre como interjección.

—¡Quita allá! ¡yo coleador! Me hizo cabeceador.

—Vaya, dije, tú y yo estamos en los extremos.

—¿Cómo así?

—Eso yo me lo sé. Y dime, ¿tú te llamas de veras Orión?

—¡Ca! no: este nombre es postizo: cuando a uno lo ponen en la categoría de caballo de carrera, lo desbautizan y le encajan un nombre altisonante.

—Mi verdadero nombre es el Brandy.

—¡El Brandy! ¡Nombre maldito!

—Hombre, ¿y eso por qué?

—Ni ese nombre ni lo que él representa se leían de la boca al Tuerto Garmendia.

—¿Y quién es ese Tuerto?

Disertación freno-lógica

Esta pregunta dió margen para que yo refiriera a mi colega la negra historia de lo que me sucedió con aquel perdulario. Concluida mi relación, el Cervuno me hizo la de su